

Cuarto Coloquio Argentino de Estudios sobre el Libro y la Edición

Paraná, noviembre de 2021

Simposio 6. Historia y práctica de la edición universitaria y la edición académica

Los estudios filológicos y lingüísticos y la editorial Losada. La relación con la Universidad de Buenos Aires y con el exilio republicano español, a través de Amado Alonso (1936-1947)

Miranda Lida (Universidad de San Andrés- CONICET, mlida@udesa.edu.ar)

Resumen:

En 1945 apareció en Buenos Aires la primera edición en español del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, que publicó la editorial Losada. La edición y prólogo estuvieron a cargo de Amado Alonso que era, a la sazón, director de la colección respectiva en Losada y, además, director del instituto de filología de la Universidad de Buenos Aires. Se trata de uno de los títulos más importantes que hizo editar Alonso en Losada y que era revelador del estrecho vínculo que la filología hispánica había tallado con una de las casas editoriales más pujantes de la década de 1930. Alonso fue, de hecho, accionista de la editorial, junto con Pedro Henríquez Ureña, su compañero de trabajo en el Instituto de Filología. Distintos profesores e investigadores de las universidades argentinas se ganaron un lugar en Losada.

En el caso de Amado Alonso, en particular, en el que nos concentraremos, surge a la luz otro eje de análisis que es relevante para pensar su lugar en Losada y la colaboración que brindó: a saber, la participación tanto de Alonso como de la editorial en redes de solidaridad con el exilio intelectual republicano español, tanto en Argentina como en otras latitudes. Alonso y Henríquez Ureña, de hecho, participaron activamente en diferentes iniciativas solidarias con los republicanos y, además, en entidades de activismo antifascista. De este modo, Losada, a su vez, encontró colaboradores comprometidos en apoyar a exiliados del franquismo que a su vez eran importantes representantes de la filología hispánica, tales como Américo Castro (exiliado en Estados Unidos). Se trabaja con los archivos de Amado Alonso, así como también con archivos del instituto de filología de la Universidad de Buenos Aires.

Introducción

En 1945 apareció en Buenos Aires la primera edición en español del *Curso de lingüística general* de Ferdinand de Saussure, que publicó la editorial Losada. La edición y prólogo estuvieron a cargo de Amado Alonso que era, a la sazón, director de la colección respectiva en Losada y, además, director del Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Se trata de uno de los títulos más importantes que hizo editar Alonso en Losada y que era revelador del estrecho vínculo que la filología hispánica había tallado con una de las casas editoriales más pujantes desde fines de la década de 1930. Alonso fue accionista de la editorial, junto con Pedro Henríquez Ureña, compañero de trabajo. Distintos profesores de las universidades argentinas se ganaron, también, un lugar en la casa Losada. En el caso de Alonso, en el que nos concentraremos, sale a la luz otro eje de análisis que es relevante para pensar su lugar en Losada: la participación en redes de solidaridad con el exilio intelectual republicano español, tanto en Argentina como en otras latitudes. Alonso y Henríquez Ureña, de hecho, participaron en diferentes iniciativas solidarias con los republicanos y en entidades de activismo antifascista.

Este trabajo se organiza en dos secciones. En primer lugar, se presenta la figura de Alonso y la labor del Instituto de Filología, además de sus empresas editoras en la órbita de la universidad de Buenos Aires. Luego, se aborda la relación con la casa Losada, en sus dos dimensiones, tanto académico como también como espacio para expresar de solidaridad política en clave antifascista.

Presentación del Instituto de Filología y su labor editorial. Desde las primeras colecciones hasta el lanzamiento de una revista especializada

Antes de entrar en materia, es conveniente explicar por qué luego de la Primera Guerra Mundial logró desarrollarse en la Argentina la filología en cuanto disciplina y, además, cómo se dio su proceso de institucionalización, dado que ello nos permitirá comprender los mecanismos que permitieron la puesta en marcha de sus actividades editoriales. El auge de la filología en tanto que disciplina científica moderna se remonta al siglo XIX europeo, a la par que avanzaban los procesos de *nation-building*; esto es así porque la lengua, como se sabe, constituyó un rasgo decisivo para definir el concepto de nación, en tanto que podía ser

considerada un factor cohesionador a través del cual reforzar la pertenencia a una determinada “comunidad imaginada”, junto con los valores patrióticos transmitidos a través de la escuela, el himno, la bandera, la religión y la enseñanza de la historia.¹ Al tratarse de una disciplina que contaba con los mecanismos de consagración proporcionados por la universidad, podía ofrecer interpretaciones fundadas del modo en que se construyó históricamente cada lengua, así como intervenir en políticas educativas y en el establecimiento de un canon literario, un asunto que en la Argentina se vio sacudido cuando en 1913 Leopoldo Lugones consagró el *Martín Fierro* de José Hernández como principal exponente de la literatura argentina.²

Desde fines del siglo XIX se intensificó la preocupación de las elites por la lengua en un país como la Argentina, signado por un proceso inmigratorio de masas que amenazaba con impedir la anhelada homogeneidad lingüística, indispensable para la conformación de una identidad nacional. Por otro lado, la incorporación de términos de origen italiano incorporados al español rioplatense a través del cocoliche, junto con la gauchesca y la difusión de usos corrientes en el habla popular que se plasmaron en el lunfardo, asociado a la jerga marginal de las grandes ciudades, supusieron un fuerte desafío a las expectativas de las elites.³ En este contexto, se esperaba que la introducción de la filología académica ayudara a fijar criterios lingüísticos apropiados para un país de inmigración que se transmitirían a través del aparato educativo, una labor que el nacionalismo del Centenario reclamaría fervientemente. Además, no podía olvidarse que la Argentina había dado muestras de insubordinación hacia la autoridad lingüística pretendida por la Real Academia Española. Recordemos las *Cartas de un porteño* de Juan María Gutiérrez, donde se ponía en cuestión el papel rector que pretendía desempeñar la academia madrileña. A medida que

¹ Benedict Anderson, *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993; T. Benes, *In Babel's Shadow. Language, Philology and the Nation in nineteenth Century Germany*, Detroit, Wayne State University Press, 2008.

² Fernando Degiovanni, *Los textos de la patria: Nacionalismo, políticas culturales y canon en Argentina*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007; Diego Bentivegna, *La eficacia literaria. Configuraciones discursivas de literatura nacional en manuales argentinos 1866-1947*, Buenos Aires, Eudeba, 2017.

³ Lila Caimari, “Mezclas puras. Lunfardo y cultura urbana. Buenos Aires, 1920-1940”, en Adrián Gorelik y Fernanda Arêas Peixoto, *Ciudades sudamericanas como arenas culturales*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2016; Miranda Lida, “Una lengua nacional aluvial para la Argentina. Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso en torno al idioma de los argentinos”, *Prismas. Revista de historia intelectual*, 16, 2012.

se ingresó en el siglo XX las polémicas sobre el estatus de la lengua no cesaron.⁴ Las autoridades universitarias fundaron el Instituto de Filología con la expectativa de que pudiera tener un papel relevante en un país en el que las oleadas de inmigrantes hicieron llamar la atención acerca del problema de la lengua.

El Instituto fue inaugurado 1923 por impulso del decano de la Facultad de Filosofía y Letras, Ricardo Rojas, quien convocó a Ramón Menéndez Pidal, director del Centro de Estudios Históricos de Madrid y principal especialista español en la disciplina para que garantizara su calidad académica y participara de las decisiones en torno del novel instituto, desde la designación del director hasta el plan de trabajo y de publicaciones. El Instituto no puede ser comprendido por fuera de esta relación transnacional que le dio luz; además, el centro de investigación madrileño contaba con contactos fluidos con universidades norteamericanas en las que se estaban consolidando los estudios hispanoamericanos.⁵ El Centro de Estudios Históricos había fundado en 1914 la *Revista de Filología Española*, que constituía la principal publicación en lengua española en la disciplina. En este marco, el instituto argentino fue concebido para cumplir tanto una labor científica como para oficiar de faro cultural al que consultar a la hora de la elaboración de textos de enseñanza de la lengua. La dependencia de Madrid, además de las autoridades universitarias argentinas, no impidió que los sucesivos directores tomaran sus propias decisiones acerca de la agenda de investigación. Ahora bien, en todo momento la cuestión del nacionalismo lingüístico (v.g., el estatus de la “lengua nacional” en Argentina) conservó un importante lugar en el Instituto, que participó en debates públicos al respecto, un tópico que creció en un momento de expansión del nacionalismo ⁶.

Desde los primeros tiempos, el Instituto emprendió diversos proyectos editoriales. Desde un comienzo, bajo la gestión del primer director Américo Castro, entrevió la posibilidad de

⁴ Fernando Alfón, *La querrela de la lengua en la Argentina. Antología*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional, 2013; Ángela Di Tullio, *Políticas lingüísticas e inmigración. El caso argentino*, Buenos Aires, Eudeba, 2010.

⁵ Fernando Degiovanni, *Vernacular latinoamericanisms: War, the Market, and the Making of a Discipline*, Pittsburgh, Pittsburgh University Press, 2018; Fernando Degiovanni y Guillermo Toscano y García, “Disputas de origen: Américo Castro y la institucionalización de la filología en la Argentina”, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, LXVII. 1, enero-junio de 2010.

⁶ Ivonne Bordelois y Ángela Di Tullio, “El idioma de los argentinos: cultura y discriminación”. *Ciberletras. Revista de crítica literaria y de cultura*, 6, enero de 2002; Miranda Lida, “Una lengua nacional aluvial para la Argentina. Jorge Luis Borges, Américo Castro y Amado Alonso”, *Prismas*, 16, 2012, 99-119.

lanzar un boletín académico. Su aparición data de 1925, cuando el Instituto se hallaba bajo la dirección de Miguel de Montoliú, quien lo presentó en los siguientes términos “contendrá además de un trabajo del que suscribe, acerca del *Diccionario [del habla popular argentina, en preparación]*, varios artículos lexicográficos”.⁷ El boletín apareció por la imprenta de la universidad con periodicidad anual entre 1926 y 1927 y tirada de unos 500 ejemplares, pero con el correr del tiempo perdió regularidad. No obstante, la producción editorial del Instituto no se detuvo; lanzó una serie de cuadernos monográficos en los que volcó su labor académica, así como también difundió incluso traducciones de textos especializados de escasa circulación en español. En la introducción al primer número, se declaraba que “la lectura de revistas técnicas, sobre todo cuando están escritas en lengua extraña, es ejercicio poco frecuente en nuestros países [...] Esa es la razón de que nos dedicamos a publicar este cuaderno”.⁸ Como se ve, las primeras publicaciones tuvieron la finalidad de darle una reafirmación institucional a este nuevo centro de investigación, aunque no faltaron intentos de proyectarse por fuera de la propia universidad.

Ahora bien, a partir de la llegada de Amado Alonso en 1927, la agenda de publicaciones del instituto se consolidó. Cabe destacar que Alonso se integró plenamente a diferentes espacios de sociabilidad intelectual en la Argentina, desde las tertulias que brindaba Alfonso Reyes, hasta la revista *Sur* de Victoria Ocampo, con la que tuvo estrecha relación. Había sido propuesto por Menéndez Pidal con la intención de que permaneciera en Buenos Aires por un plazo mínimo de tres años, con el objeto de darle continuidad a la gestión, una decisión que respondió a la presión de la Universidad de Buenos Aires (Lida, 2019).⁹ Desde sus primeros días en la ciudad tuvo en mente el proyecto de una nueva revista, según declaraciones que hizo a la prensa, puesto que, como se ve, procuró que su llegada no pasara inadvertida:

Que se propone en primer término conseguir que se establezca un laboratorio elemental de fonética y luego tratar de levantar un mapa lingüístico del país, a cuyo efecto considera urgente recoger los residuos de las lenguas aborígenes, hoy dispersos, así

⁷ Nota dirigida por Manuel de Montoliú a Héctor Juliáñez, secretario de la Facultad de Filosofía y Letras, Buenos Aires, 26 de agosto de 1925, Archivo del Instituto de Filología, B-6-2-4.

⁸ Américo Castro, “Introducción”, *Instituto de Filología*, tomo 1, cuaderno 1, Buenos Aires, Juan Roldán, 1924, p. 7.

⁹ Miranda Lida, *Amado Alonso en la Argentina. Una historia global del Instituto de Filología*, Bernal, Quilmes, 2019.

como las voces e inflexiones propias del habla corriente de los campos y el interior de la República. Otro que tiene en vista cumplir es la fundación de una “Revista de Dialectología Hispanoamericana” pues cree que Buenos Aires es el lugar más indicado para centralizar esa labor en la América española.¹⁰

La propuesta de una revista de dialectología se sumaba a las publicaciones que el Instituto había editado hasta allí,¹¹ pero era más ambiciosa, puesto que no se trataba de un boletín o una serie de cuadernos de investigación, sino de una revista académica de potencial proyección hispanoamericana. Alonso contaba con experiencia en edición de revistas académicas dado que en Madrid había trabajado de la *Revista de Filología Española*. La revista madrileña fue una experiencia formativa que le sirvió en muchos sentidos; por un lado, le permitió entrar en contacto con la producción científica en la disciplina, así como también vincularse con los especialistas provenientes de diferentes centros de investigación europeos —en especial, germanoparlantes—; por otro lado, pudo poner a prueba sus dotes como lector crítico y juez de la labor de sus pares, tarea que desarrollaría sin amilanarse en las reseñas de libros y otras secciones de la revista; por último, le enseñó el oficio de la edición académica y a sortear sus dificultades.

La idea de publicar una revista argentina de filología, centrada en dialectología, pero con proyección continental e hispánica, no fue sin embargo bien recibida por sus colegas de Madrid. El proyecto despertó reparos acerca de su viabilidad:

Su proyecto de *Revista de Dialectología Hispánica* (extrapeninsular) me parece excelente para el Instituto de Buenos Aires; pero malo para la *Revista de Filología Española* [RFE]. La Revista de Buenos Aires y la de Puerto Rico restarán colaboración a la RFE, que de ordinario tiene ya su cartera bastante vacía. Claro es que en las dos primeras podrán entrar trabajos que la RFE no publicaría y que cada centro necesita su medio de comunicación y redacción; pero van a ser muchas revistas para lo poco útil que hay que publicar.¹²

¹⁰ “Se encuentra en Buenos Aires el filólogo español Amado Alonso”, *La Prensa*, 15 de septiembre de 1927.

¹¹ Nos referimos al *Boletín del Instituto de Filología*, editado entre 1926 y 1927, del cual aparecieron seis números y los *Cuadernos de filología*, que incluyeron la edición de siete monografías. Estos materiales se encuentran digitalizados y disponibles en <http://iflh.institutos.filo.uba.ar/grupodepublicaciones>, consultado en junio de 2020.

¹² Carta de Tomás Navarro Tomás, San Juan de Puerto Rico, 18 de julio de 1928, Archivo de Amado Alonso, Universidad de Harvard, Box 3.

El mensaje de Tomás Navarro Tomás, prestigioso investigador del centro madrileño, sin duda expresaba de un modo u otro el sentir de Ramón Menéndez Pidal: que el desarrollo de los institutos de investigación filiados al CEH terminara por opacar al centro madre exponiéndolo a dificultades imprevistas. Es decir que Madrid no parecía dispuesta a permitir que los centros americanos de filología le hicieran sombra. Quedaba en evidencia que los centros de investigación de la periferia habían sido concebidos meramente como subsidiarios, y no se les permitiría que amenazaran con tornarse en rivales de la producción científica del CEH. El mensaje fue claro y dejó a Alonso sin respaldo quien no siguió adelante —por el momento— con el proyecto de editar una revista de filología. Como se ve, fundar una revista académica en un centro de investigación periférico, si bien inserto en redes transnacionales más amplias, no era posible sin amenazar los planes que venían del centro. Madrid pretendía ejercer una tutela que ponía en jaque la pretendida autonomía de la periferia en el mapa de la filología hispánica, una decisión que ponía en evidencia que la relación entre lo local y lo transnacional en la construcción de disciplinas y revistas científicas era clave dejaría a Buenos Aires en una posición de subordinación de la que le resultaría difícil emanciparse.¹³ Cualquier proyecto de revista académica requería de la solidaridad de pares, y en ese proceso el Instituto de Filología porteño partía de una situación de escasa autonomía, no sólo por su corta trayectoria sino por su directa dependencia de Madrid.

Igual de relevante fue contar con el apoyo de Américo Castro, primer director del Instituto, para obtener credenciales y legitimidad suficientes. Castro trató de influir sobre la gestión de Alonso en Buenos Aires e intentó marcarle el rumbo, para lo cual apeló a su autoridad en tanto que antecesor en el cargo. En 1928, mientras se encontraba como profesor invitado en Nueva York, le escribió con una propuesta alternativa a la de la revista de dialectología, con la intención de dejar atrás cualquier regusto amargo que hubiera quedado por el modo en que se lo forzó desde Madrid a abandonar aquel proyecto. Le

¹³ Para una discusión más general de este problema véase Ricardo Salvatore, *Los lugares del saber: contextos locales y redes transnacionales en la formación del conocimiento moderno*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2007.

propuso en cambio participar en una revista en clave panhispánica, en colaboración con la Universidad de Columbia:

Ahora [le escribo] para decirle algo que se nos ha ocurrido aquí. Ya conoce la *Revista de Estudios Hispánicos* que dirige [Federico de] Onís. Me parece que sería muy bueno, para los intereses que Ud. representa ahí [en la Universidad de Buenos Aires], enlazar, si fuera posible, la labor del Instituto de Filología con la obra general, continental hispánica que representa este órgano de cultura. La forma que esta colaboración haya de realizarse es cosa que en detalle arreglarán Onís y Ud. [...]. El que la Argentina aparezca en esa forma relevante al lado de Columbia University es cosa, supongo, que ha de caer ahí muy bien. Lo que haría falta es que el Instituto o la Facultad de Letras de Buenos Aires colaborara con alguna subvención a la obra de la revista [...]. Me parece que una proposición de esta naturaleza ha de interesarle a Ravnani y a Rojas. Dígalos que a mí se me ocurrió esta idea pensando en la manera de darle más aire a lo argentino dentro del conjunto americano, *para acentuar el internacionalismo de su aportación científica* al campo de las humanidades [...] la aportación de Puerto Rico quedará reducida a lo que debe ser, dentro de la importancia relativa que tiene en América [...]. No se trata de quitarle nada a Puerto Rico, sino meramente digo que Puerto Rico en esta revista tiene el lugar que corresponde a su significación pequeña, pequeña al lado de Columbia, el Centro [de Madrid] y Buenos Aires [...]. Tengo la absoluta confianza en su buen sentido y por eso le comunico enseguida esta nueva ocurrencia nuestra (de Onís y mía) de la que sólo pueden derivarse beneficios para Ud. Se encontrará estimulado en su labor, adquirirá responsabilidades de vuelo más amplio y verá la obra de su instituto proyectada en una *gran red internacional*. Yo temo un poquillo, querido Amado, que el ambiente ese pueda paralizar su brillante e incipiente actividad científica y le brindo un nuevo estímulo [...] no dejo de pensar en la obra de Buenos Aires, y en el interés que debemos tener todos en que eso se convierta en algo *que rebase las limitadas expectativas del ambiente local*.¹⁴

Castro tenía una imagen poco promisorio del ambiente intelectual argentino, que describía como de limitadas posibilidades en tanto que polo académico y, también, para la edición científica; estaba, pues, de acuerdo con la mirada que Madrid tenía con respecto al Instituto de Filología de Buenos Aires, al que concebía como un centro de investigación puramente subsidiario. De acuerdo con su perspectiva, tan sólo enlazando a Buenos Aires con centros de mayor jerarquía como Nueva York, si no Madrid, podría el instituto de la universidad argentina levantar vuelo. Así dicho, la internacionalización era un horizonte tan ambicionado como inevitable, pero a la vez suponía admitir que había otros polos en la

¹⁴ Carta de Américo Castro a Amado Alonso, Columbia University, 16 de diciembre de 1928, Archivo de Amado Alonso, Universidad de Harvard, Box 1.

filología hispánica que iban por delante en prestigio y precedencia. En caso de no aceptar, el joven instituto argentino quedaría aislado de las redes transnacionales que se estaban conformando, que vinculaban a Madrid con Nueva York y otros espacios latinoamericanos, a través del papel articulador de Federico de Onís, quien desde la Universidad de Columbia proyectó su labor hacia Puerto Rico y, a su vez, ahora esperaba hacer lo propio con Buenos Aires. No obstante, Alonso no entró en las tratativas que Castro le recomendó y tomó la desafiante decisión de rechazar la propuesta. Aparentemente no faltaron roces personales que hicieron inviable el acuerdo. Es cierto que, por un lado, estaba claro que para el instituto de Buenos Aires era una importante oportunidad, dado que lo pondría a la par de Madrid y Nueva York, pero al mismo tiempo aquella propuesta podría hacerle perder autonomía. Aquel acuerdo terminó por disolverse, a pesar de que Onís parecía incansable en su intento de lograr la vinculación triangular entre España, Estados Unidos –junto a Puerto Rico– y Argentina.¹⁵ Poco después Castro volvió a escribirle a Alonso para decirle que algo de razón tenía, sin embargo, a la vez que enfatizó que no se trataba de crear polos rivales en esa relación triangular ni desigualdades. Era consciente, se ve, de las reticencias que este asunto podía despertar:

Creo que ha hecho usted divinamente en cambiar de opinión respecto de la *Revista de Estudios Hispánicos*. Onís tiene un carácter algo raro y quizá puede haberle dado a usted la impresión mortificadora que refleja en la suya [carta]. Pero yo tengo que decirle que durante mis largas charlas con Onís últimamente en New York he podido apreciar que le estima a usted mucho [...]. Onís está deseando que todos estemos en buena inteligencia. Verdad es que a él de vez en cuando se le encrespan los pelos más que de ordinario y puede prorrumpir en alguna violencia. Pero la cosa dura cinco minutos y como en el fondo es una bellísima persona todo se arregla perfectamente. Yo ya le he dicho que sin duda por inadvertencia había metido la pata con usted y que le escribiera dándole las explicaciones necesarias. Considere la importancia que tiene el *que Buenos Aires se relacione con New York sin meridianos ni hegemonías de ninguna clase*. En esa combinación yo no he visto sino las ventajas que usted ha de sacar al ingresar a la revista con plena personalidad, con los mismos títulos que el Centro [de Estudios Históricos de Madrid] o que Columbia University.¹⁶

¹⁵ Consuelo Naranjo Orovio y Miguel Ángel Puig-Samper, “Relaciones culturales entre el Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico”, en Consuelo Naranjo Orovio, María Dolores Luque y Miguel Ángel Puig-Samper (eds.), *Los lazos de la cultura. El Centro de Estudios Históricos de Madrid y la Universidad de Puerto Rico (1916-1939)*, Madrid, Centro de Estudios Históricos de la Universidad de Río Piedras/CSIC, 2002, 153-189.

¹⁶ Carta de Américo Castro a Amado Alonso, Madrid, 16 de febrero de 1929, Archivo de Amado Alonso, Universidad de Harvard, Box 1.

Ahora bien, el Instituto de Filología de Buenos Aires logró invertir esa relación de fuerzas que en un comienzo parecía a simple vista tan desigual frente a los principales centros de investigación en la disciplina. Así, veremos enseguida que, en lugar de ingresar como socio menor de la revista de Federico de Onís con el patrocinio de la Universidad de Columbia, terminó por hacer posible una situación inversa, vale decir que esta última acompañara el lanzamiento de la revista fundada por el Instituto de Filología de Buenos Aires, que comenzaría a publicarse en 1939, bajo la dirección de Alonso. A la larga el escenario se invirtió, en lo que hace a la relación entre Madrid, Buenos Aires y Nueva York: el instituto argentino lograría convertirse en un centro de investigación de peso específico propio, que no desdeñaba la fuerte tendencia a la internacionalización (de hecho, tejió una relación estrecha con fundaciones transnacionales como la Rockefeller), y que aspiraba a una posición de liderazgo en el orbe hispánico que se vio súbitamente favorecida por el colapso que supusieron para la labor del Centro de Estudios Históricos de Madrid la guerra civil española y el ascenso de Franco. En este contexto, el Instituto de Filología argentino alcanzaría a contrapelo su época dorada, uno de cuyos frutos más preciados fue precisamente la fundación de la *Revista de Filología Hispánica*. A la par, no casualmente, había comenzado a colaborar intensamente con la editorial Losada, fundada en Buenos Aires en 1938, una colaboración que se entretejió con el compromiso político en clave antifascista.

La editorial Losada y el Instituto de Filología: un vínculo orgánico entre la edición académica y la comercialización

Alonso, que colaboraba asiduamente con la revista *Sur* y además fue parte del Colegio Libre de Estudios Superiores¹⁷, se integró en la editorial Losada, quizás la principal casa

¹⁷ Federico Neiburg, *Los intelectuales y la invención del peronismo*, Buenos Aires, Alianza, 1998; Ricardo Pasolini, “La internacional del espíritu. La cultura antifascista y las redes de solidaridad intelectual en la Argentina de los años treinta”, en Marcela García Sebastiani, *Fascismo y antifascismo. Peronismo y antiperonismo. Conflictos políticos e ideológicos en la Argentina*. Buenos Aires: Iberoamericana. 2006; Andrés Bisso, “The Argentine Antifascist Movement and the Building of a Tempting Domestic Appeal, 1922–46”. En: García, H., Yusta, M., Tabet, X. y Clímaco, C. (eds.). *Rethinking Antifascism. History, Memory*

editora del exilio español en Buenos Aires, donde colaboró como asesor literario, autor, traductor, editor y director de colección. La guerra civil española que estalló en julio de 1936 y desembocó al cabo de casi tres años en la dictadura de Franco y el exilio masivo de miles de españoles brindó una oportunidad a Buenos Aires para sobresalir en la industria del libro a nivel continental. Y, además, recibió un importante número de exiliados europeos vinculados al mundo del libro: artistas, intelectuales, científicos y también editores. En rigor, el editor Gonzalo Losada no formó parte del exilio republicano español, puesto que llegó en 1928, para acompañar a Julián Urgoiti en la empresa Espasa-Calpe. Espasa-Calpe tenía fuertes vínculos con el catolicismo español que sin vacilar se plegó a apoyar a Franco en la guerra civil. La ruptura de Losada con el grupo de Espasa-Calpe no tardó en sobrevenir. La editorial Losada abrió sus puertas a exiliados del franquismo y de los fascismos europeos: entre ellos se destacaron los nombres de Rafael Alberti, Juan Ramón Jiménez, Jacinto Grau, Ramón Gómez de la Serna, Pedro Salinas, Francisco Ayala, Claudio Sánchez Albornoz, Rodolfo Mondolfo, Lorenzo Luzuriaga. No solo Losada construyó fuertes vínculos con el exilio sino que además procuró el respaldo de profesores de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, donde contó con apoyos invalorable que le fueron útiles para ampliar sus redes transnacionales. En el directorio de la editorial se encontraban Francisco Romero, Amado Alonso, Pedro Henríquez Ureña (de la Universidad de Buenos Aires). Se sumaron asimismo Lorenzo Luzuriaga y Risieri Frondizi (provenientes de la Universidad Nacional de Tucumán).

Ahora bien, con el Instituto de Filología tejió una relación que se tradujo en una colaboración continua en varias direcciones. Los investigadores del Instituto encabezado por Alonso y Henríquez Ureña prologaron obras clásicas, hicieron traducciones y participaron en un sinfín de tareas de edición. El Instituto le proporcionó a Losada, además, uno de sus más fieles colaboradores en la editorial, Andrés Ramón Vázquez, más tarde fundador de la revista *Buenos Aires Literaria*, quien fue hasta 1946 mano derecha de Amado Alonso en el Instituto de Filología. Luego, colaborarían también jóvenes

and Politics, 1922 to the present. New York: Berghahn Books, 2016, pp. 133-151; Andrés Bisso, *Acción Argentina. Un antifascismo nacional en tiempos de guerra mundial*. Buenos Aires, Prometeo, 2005.

investigadores del mismo instituto en distintas instancias del proceso de producción editorial, desde las correcciones de pruebas hasta las traducciones—así, por ejemplo, su discípula María Rosa Lida corrigió *Poesía Junta*, de Pedro Salinas—.

Recostadas sobre este equipo, las colecciones que dirigieron Alonso y Henríquez Ureña acompañaron el crecimiento de la editorial en su “edad de oro” que coincidió poco más con su primera década de existencia.¹⁸ Henríquez Ureña fundó y dirigió la colección “Las obras maestras de la literatura y del pensamiento universal”, que sacó más de 30 títulos clásicos, entre otros, Aristófanes, Esquilo, Homero, Plutarco, Cervantes, Plutarco, Montaigne, etc., en traducciones originales, varias de ellas a cargo de investigadores del Instituto. Alonso dirigió la “Biblioteca de Estudios Literarios” y la colección de “Filosofía y teoría del lenguaje”, donde aparecieron títulos de Federico García Lorca, Pedro Salinas, Jean Paul Sartre, Charles Bally, Karl Vossler y Ferdinand de Saussure (precedido en este último caso por un prólogo crítico de Amado Alonso). Se trata de autores que en parte ya habían comenzado a circular en las ediciones del Instituto de Filología desde la década de 1930, como es el caso de Vossler, lingüista crítico del positivismo que fue muy influyente en Alonso; su labor editorial en sede académica se continuó y potenció una vez inserto en una de las casas editoras más pujantes del mercado. Losada, de hecho, se encontraba en un momento netamente expansivo. La organización de su catálogo en colecciones, entre las cuales se destacó la “Biblioteca Contemporánea”, que se sumaba a la colección de clásicos, le permitió alcanzar públicos muy variados, desde el lector novel hasta el especializado, de ahí que las series de Lingüística y Filosofía del Lenguaje logran insertarse en una editorial dirigida al mercado de masas. Además de dirigir dichas colecciones, Alonso y Henríquez Ureña influyeron en el catálogo de Losada puesto que sugirieron títulos para distintas colecciones. Por ejemplo, en este sentido, la edición de *Amadís de Gaula* a cargo de Ángel Rosenblat, discípulo y colaborador del Instituto de Filología, apareció en la colección denominada “Textos literarios”. La estructura del catálogo, flexible y abierto a títulos tanto de divulgación y de alcance de masas como a la vez a tiradas más pequeñas

¹⁸ José Luis De Diego, *Editores y políticas editoriales en Argentina (1880-2010)*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2014; Fernando Larraz, “Guillermo de Torre y el catálogo de la editorial Losada”. *Kamchatka*, 7 (2016), pp. 59-71; Alejandra Giuliani, *Editores y política. Entre el mercado latinoamericano de libros y el primer peronismo*, Buenos Aires, Tren en movimiento, 2018.

para el lector especializado, hizo posible que Alonso le escribiera a Alfonso Reyes para que colaborara en Losada en los siguientes términos, reveladores de la política editorial que se seguía:

La Losada va cobrando mucha importancia. Ahora he organizado una colección de tomitos de unas 150 páginas (o poco más) que se titularán “Vida y obra de...”. [...] Son libros destinados a profesores secundarios, alumnos universitarios, periodistas y escritores, etc., los que no se satisfacen con las páginas de Hurtado Palencia [v.g., un clásico manual de literatura española], tampoco pueden entregarse a la lectura de volúmenes y de artículos. Una visión sintética, pues. Al final, un par de páginas con la bibliografía esencial, haciendo en cada título alguna indicación útil (qué va a encontrar en esa obra el lector). Queremos hacer tomitos baratos, para vender muchos, y por eso proponemos a los autores pagarles solamente el 10%. De ofrecer 15% tendríamos que subir el precio unos centavos más, lo cual perjudicaría la venta.¹⁹

No menos importante fue la colección de Filosofía dirigida por Francisco Romero que puso al alcance del lector de clásicos del pensamiento universal, en cuidadosas traducciones a cargo de José Ferrater Mora, Gregorio Halperín —padre del historiador—, Clemente Hernando Balmori, otro exiliado español refugiado en la Universidad Nacional de Tucumán bajo el decanato de Risieri Frondizi que también colaboraría en la colección de filosofía y, a su vez, jugaría un papel clave en la recepción de exiliados del fascismo en Tucumán, muchos de ellos vinculados a Losada.²⁰ También se cuenta el caso de Lorenzo Luzuriaga, figura de peso en la renovación de la pedagogía española antes de Franco, que tuvo no sólo un puesto en el directorio de editorial, sino que fue además el director de su colección de Pedagogía, en la que hizo editar y traducir a John Dewey y Alfred Adler, entre otros.

Se trataba, en suma, de una editorial que no sólo alentó la publicación de obras especializadas de calidad, respaldadas por los profesores universitarios que integraban su *staff*, sino que extendió su mirada a un público no académico, a través de propuestas que buscaban sacar provecho del crecimiento cultural de Buenos Aires con libros de divulgación como el aquí se le ofrecía a Reyes. El Instituto de Filología calzó

¹⁹ Carta de Amado Alonso a Alfonso Reyes, Buenos Aires, 7 de diciembre de 1939, en Marta Elena Venier (comp.), *Crónica parcial. Cartas de Alfonso Reyes y Amado Alonso*, México, El Colegio de México, 2008, pp. 103-104.

²⁰ Miranda Lida, “Redes universitarias de la Institución Cultural Española. Un capítulo argentino de la emigración”, en Marcela Croce (ed.), *El exilio español y sus consecuencias latinoamericanas*, Buenos Aires, Teseo, 2021.

perfectamente bien en este proyecto; además de proporcionar correctores de estilo entre los colaboradores más jóvenes, le confirió la posibilidad de contar con un semillero de redactores o editores capaces de prologar obras clásicas, realizar traducciones y ediciones críticas de textos literarios, tanto antiguos como modernos. El Instituto, pues, no sólo fue un centro dinámico de producción erudita y especializada, sino que logró construir vínculos con la industria editorial de masas. El libro barato de Buenos Aires contaría de este modo con una producción de calidad, con títulos, traducciones y prólogos eruditos avalados por uno de los institutos más fructíferos de la Universidad. Así se publicaron obras de Horacio, Virgilio, Plutarco, Sófocles y Juan Ruiz en ediciones populares, con prólogos, traducciones y notas confeccionadas por investigadores del Instituto. (Quien más se destacó en esta labor fue María Rosa Lida, especialista en letras clásicas y medievales.) El principal mérito de estas ediciones consistió en algo poco frecuente en la publicación de textos de la antigüedad clásica: fueron juzgadas igualmente válidas tanto para un lector especializado que podría leerlas con confianza en una edición barata, como para el novato que se aproximaba a ellas por primera vez.

Tan estrechos fueron los vínculos entre el Instituto de Filología, Alonso y Losada que el Instituto optó por hacer distribuir sus propias publicaciones especializadas, que habían sido concebidas para ser lanzadas bajo el sello de la Universidad de Buenos Aires, por una editorial comercial que le ofrecía una mejor distribución de la que tenían las ediciones universitarias, de modo de obtener ventajas tanto en las ventas como en la difusión y colocación del libro en el mercado. Los vínculos fueron, pues, orgánicos, hasta tal punto que, según las palabras de Alonso, en carta a Menéndez Pidal, “hace tiempo que nos hemos acostumbrado a ver la colección de lingüística de Losada como departamento del Instituto mismo, puesto que es rigurosamente técnica, la dirijo yo y todos los traductores somos del Instituto”. Y continuaba:

En la Facultad no tenemos organización y por eso nuestros libros se venden menos que los de las organizaciones comerciales. Antes casi teníamos que regalarlos; ahora se los damos a una agencia (precisamente Losada) a la que damos un beneficio inicial del 45%, del cual ella tiene que hacer los descuentos ordinarios a los libreros. Es claro que, aunque Losada nos incluye en sus catálogos, la propaganda de nuestros libros dista de igualar a la de los suyos. Tampoco puede igualar el instituto a una editorial comercial en capacidad financiera en capacidad financiera para costear una edición grande, y por eso

las hacemos cortas. Por último, [...] los precios que ponemos son más bajos que los de las editoriales y por eso el rendimiento del tanto por ciento es menor. Añada Ud. que por ordenanza tenemos la obligación de mandar gratis nuestros libros a una multitud de personas e instituciones.²¹

Ahora bien, el vínculo de Alonso con Losada tuvo un doble sentido: por un lado, como se vio hasta aquí, fue una casa amiga para el Instituto de Filología, donde desarrollar proyectos editoriales de diverso tenor, desde colecciones especializadas hasta proyectos con expectativas de alcanzar un público de divulgación, además de ofrecerle una cadena de comercialización para las publicaciones universitarias propias; por otro lado, y no menos relevante, fue un espacio a través del cual colaborar de manera solidaria con el exilio republicano español y, en general, con el antifascismo, puesto que en ella convergieron exiliados de diferentes proveniencias tanto geográficas como académicas. Su viraje antifascista no pasó inadvertido para Carlos Ibarguren, por entonces a cargo de la Comisión Nacional de Cultura —entidad oficial que sirvió de precedente al Ministerio de Cultura dentro del gobierno nacional—, con quien llegó a tener una fuerte polémica, en un momento de creciente polarización ideológica.²² El impacto de la guerra civil española en la Argentina ha sido estudiado desde muy variadas perspectivas: su influencia sobre el debate y el clima de ideas; las redes solidarias; el compromiso político de los voluntarios; la propaganda; las relaciones diplomáticas y políticas; la respuesta de las asociaciones comunitarias españolas que funcionaban en el país, entre otros aspectos.²³ En el ámbito científico y universitario, el proceso se conoce bastante menos: si bien se sabe que la Argentina tuvo un papel menor que México en la recepción brindada a los republicanos, es poco lo que se ha estudiado la colaboración con el exilio científico español, cuestión en la

²¹ Carta de Amado Alonso a Ramón Menéndez Pidal, Buenos Aires, 30 de noviembre de 1944, Archivo de Ramón Menéndez Pidal, carpeta 4.

²² Carta de A. Alonso a C. Ibarguren, Buenos Aires, 14.3.1943, Archivo de C. Ibarguren, Academia Nacional de la Historia, caja 2, 19-II-740 a 742.

²³ Luis Alberto Romero, "Exiliados republicanos y vida política y cultural en Buenos Aires 1936-1950" en María Sierra, Diego Mauro y Juan Pró, *Desde la historia. Homenaje a Marta Bonaudo*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2014; Fernando Devoto y Ramón Villares, *Luis Seoane entre Galicia y la Argentina*, Buenos Aires, Biblos, 2012; Dora Schwarstein, *Entre Franco y Perón. Memoria e identidad del exilio republicano español*, Barcelona, Crítica, 2001; José María López Sánchez, *Los refugios de la derrota. El exilio científico e intelectual republicano de 1939*, Madrid, CSIC, 2013.

que debemos detenernos a fin de entender otra dimensión del papel desempeñado por Alonso en la casa Losada.²⁴

La labor editorial del Instituto en Losada y la solidaridad con el exilio republicano

La guerra de España impactó en la vida pública y privada de Alonso, sin dejar al margen su vida académica dado que, poco después sería desplazado de la universidad a causa de su compromiso antifascista. Ahora bien, es necesario señalar que desde un primer momento Alonso (que fue agregado cultural de la embajada de España en Argentina durante la Segunda República) y Henríquez Ureña formaron parte activa de una de las primeras iniciativas desarrolladas en sede universitaria en la Argentina para canalizar la labor solidaria para con los intelectuales y científicos españoles que comenzaron a exiliarse con la guerra civil: la “Junta Argentina para la Ayuda de los Universitarios Españoles” (JAAUE). En abril de 1937, la intelectual dominicana establecida en Cuba Camila Henríquez Ureña —hermana de Pedro— redactaba una carta en nombre de la Institución Hispano Cubana de Cultura dirigida a Alonso con la propuesta de conformar una red de solidaridad continental para con los intelectuales españoles que quedaron a la deriva con la guerra a fin de ofrecerles una trama de asociaciones solidarias, desde Nueva York hasta Buenos Aires.²⁵ La idea no cayó en saco roto. Apenas recibida la carta, Alonso se dirigió con la propuesta a la Institución Cultural Española de Buenos Aires (principal institución para la diplomacia cultural entre ambos países, en la que Alonso colaboraría activamente) que, semanas después, tomó la decisión de encarar la acción solidaria. A continuación,

²⁴ Existe una vasta literatura sobre este tema para Argentina y América Latina, entre otros: Alicia Alted y Lucienne Domergue, *El exilio republicano español en Toulouse, 1939-1999*, Madrid, UNED y Presses Universitaires du Mirail, 2003; Josep L. Barona, *El exilio científico republicano*, Valencia, Universidad de Valencia, 2010; María Aránzazu Díaz-R. Labajo, *El exilio científico republicano en la Argentina. Contribuciones de los médicos, biomédicos y psicoanalistas españoles en la ciencia argentina (1936-2003)*, Salamanca, Ediciones Universidad de Salamanca, 2016; Sebastiaan Faber y Cristina Martínez Carazo (eds.), *Contra el olvido. El exilio español en Estados Unidos*, Universidad Alcalá de Henares, 2009; Clara E. Lida y J. A. Matesanz, *El Colegio de México: una hazaña cultural, 1940-1962*, México, El Colegio de México, 1990; E. García Camarero, “La ciencia española en el exilio de 1939”, en José Luis Abellán (ed.), *El exilio español de 1939*, Madrid, Taurus, 1976, pp. 145-243; Ángel, Herrerrín López, “Las políticas de ayuda y de evacuación de los refugiados españoles en Francia durante la ocupación nazi”, *Cahiers de Civilisation Espagnole contemporaine*, (2012) 9; Consuelo Naranjo Orovio, *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*, Madrid, CSIC, 1988.

²⁵ Carta de C. Henríquez Ureña a A. Alonso, 29.4.1937, Archivo de la Junta Argentina de Ayuda para los Universitarios Españoles, Residencia de Estudiantes, Madrid, doc. 29.

remitió a un nutrido número de intelectuales una carta expresando su preocupación por los universitarios españoles motivo por el cual convocaron a una reunión que se celebró el 28 de mayo en el selecto Jockey Club de Buenos Aires. Además de Henríquez Ureña y Amado Alonso, participaron Emilio Ravignani, Victoria Ocampo, Alberto Gerchunoff, Juan B. Terán, Elena Sansinena de Elizalde, Bernardo Houssay, Coriolano Alberini, Francisco Romero, entre otros.²⁶ Tuvo así nacimiento la Junta Argentina de Ayuda para los Universitarios Españoles (JAAUE), que funcionó activamente entre 1937 y 1938 y se ocupó de gestionar ayuda a los académicos que se refugiaron en la Casa de España en París.²⁷ La JAAUE estuvo presidida por Houssay, un nombre de prestigio en la ciencia argentina que además contaba con contactos internacionales a través de la *Asociación Argentina para el Progreso de las Ciencias*, que presidía; su vicepresidente fue el filósofo Francisco Romero y Amado Alonso se encargó de la redacción del acta de fundación.²⁸

Alonso colaboró en las decisiones que se tomaron en apoyo de los exiliados que llegaron a la Argentina e incluso se comprometió a hacer gestiones para facilitarles su arribo al país e instalación en alguna universidad argentina. Por ejemplo, puede mencionarse su colaboración con el filólogo catalán Joan Corominas, a quien Alonso alentó a trabajar en Mendoza e incluso ayudó con diversas gestiones —cada exiliado demandaba cartas de recomendación y papeleos—. Recomendado por Menéndez Pidal, a Corominas se le hizo llegar una oferta. Alonso se apresuró a escribirle.²⁹ Además de participar en la Institución Cultural Española y la Junta de Ayuda, Alonso colaboró a través de la embajada de España en Buenos Aires, otro lugar desde el que tuvo la oportunidad de ser solidario. Quizás uno de sus gestos más comprometidos tuvo lugar con el poeta Dámaso Alonso con quien había compartido sus años juveniles en Madrid. Desde mediados de 1937, le remitió a través de la

²⁶ Carta de L. Méndez Calzada a Ricardo Levene y otros, Buenos Aires, 21.5.1937, Archivo de la Institución Cultural Española de Buenos Aires, Residencia de Estudiantes, Correspondencia enviada: carpeta 2, legajo 3, ff. 372-37.

²⁷ Miranda Lida, “Redes de solidaridad y mecenazgo frente al exilio científico de la Guerra civil española. La Junta Argentina para la Ayuda a los Universitarios Españoles y la Institución Cultural Española de Buenos Aires, 1936-1945”, *Boletín Americanista*, 79, 2019, 69-87.

²⁸ Acta de fundación de la Junta Argentina de Ayuda a los Universitarios Españoles, Buenos Aires, 9.6.1937, Archivo de Bernardo Houssay, 08-6-4261.

²⁹ Carta de A. Alonso a J. Corominas, Buenos Aires, 14.7.1939, en J. A. Pascual y J. I. Pérez Pascual, *Epistolario Joan Coromines & Ramón Menéndez Pidal*, Barcelona, Fundación Pere Coromines, 2006, p.99.

embajada un paquete mensual de alimentos al frente republicano, que pasaba carencias. No siempre llegaba a buen puerto, pero cuando finalmente lo hacía, era motivo de festejo: “ayer fue día de gran júbilo en esta casa porque nos llegó tu espléndido paquete que ya llorábamos perdido”.³⁰

En este contexto debemos situar aquellas formas de solidaridad con los republicanos que se expresaron a través de ofertas para que colaboraran en editoriales y revistas de Buenos Aires que podían pagar bien las colaboraciones. Así, Amado le facilitó a Dámaso el contacto con Victoria Ocampo, para que realizara traducciones, entre ellas, de Ernest Hemingway, para *Sur*, revista que se comprometió ampliamente con la solidaridad antifascista, en especial, con escritores. Asimismo, Alonso le escribió a Américo Castro en 1937: “entablé conversaciones con *Sur* y se lo dije a los otros. *Sur* la editaba con gusto dándole a usted el 10% convenido”³¹. La labor editorial fue inseparable del compromiso público y político con el exilio republicano porque desde ese lugar podían abrirles puertas a los exiliados para que publicaran su obra y de este modo cobraran derechos de autor y tuvieran algunos ingresos.

La editorial Losada fundada en 1938 también fue generosa; aquí, la labor editorial fue inseparable del compromiso público y político. Coincidió con la aparición de otras editoriales también en manos de exiliados españoles: entre las más reconocidas, Sudamericana y Emecé, la primera a cargo de Antonio López Llausás y la segunda, fundada por Luis Seoane, luego a cargo de Bonifacio del Carril. Losada tuvo entre sus asesores a varios exiliados republicanos, además del artista italiano, huido del fascismo, Attilio Rossi; a su vez, el filósofo judío italiano, exiliado en Argentina, Rodolfo Mondolfo, fue también director de colección. Publicaron en Losada desde Rafael Alberti, de neta adhesión al comunismo, hasta otros que pertenecieron al exilio republicano, pero que estuvieron lejos del comunismo como el caso de Pedro Salinas y también alguien como Menéndez Pidal que regresó a España luego del triunfo de Franco. A este le ofreció un contrato privilegiado que Alonso se encargó de negociar: “Losada [...] confirma mi

³⁰ Carta de D. Alonso a A. Alonso, Valencia, 30.12.1938, Archivo de A. Alonso, Box 1, Folder “D. Alonso”.

³¹ Carta de A. Alonso a A. Castro, Buenos Aires, 19.11.1937. Archivo de A. Castro, Fundación Xavier Zubiri, 28-03-0082.

proposición [...] me dice por si acaso que con mucho gusto editaría el libro caso de que la [Espasa] Calpe no lo tenga ya. *Y cualquier otro que U. quiera*. Del tanto %, me dice que el máximo, 20, pero le ruega que no lo comente ahí [v.g., Madrid] porque Azorín y Ayala perciben el 10%.”³² La industria editorial se hallaba en expansión en la Argentina, favorecida por el vacío provocado por la situación bélica, lo cual le permitió a Buenos Aires sobresalir con sus exportaciones de libros en el mercado en lengua española, tanto en América Latina como en la península ibérica. En pocas palabras, Losada recibió en su casa a exiliados, tendió redes de solidaridad con quienes se habían refugiado en diferentes latitudes, tanto en Argentina como en América Latina (México, Cuba o Puerto Rico, sobre todo) y Estados Unidos. Colaboraron y publicaron desde el exilio Américo Castro, José Bergamín, José Moreno Villa, José Gaos, María Zambrano, Joaquín Xirau, entre otros nombres, además de Juan Ramón Jiménez y Pedro Salinas. A las plumas más reputadas del exilio Losada les ofreció acuerdos comerciales excepcionales, con generosas regalías cuando se trataba de un autor de renombre, que daría prestigio a la editorial. Las redes solidarias se solapaban así a los contratos editoriales que, en la práctica, eran otra forma de expresar esa misma solidaridad. Losada fue casa editora y espacio solidario, usina intelectual y de intercambio con universidades, además de editora líder.

Pero no todas fueron rosas. La excepcional coyuntura hizo posible que desde diferentes latitudes los exiliados aspiraran a publicar en Buenos Aires, sin embargo, muchas veces las editoriales argentinas se demoraban en el proceso de publicación, el pago de los derechos, el envío de las pruebas de imprenta, la simple contestación del correo, etc.³³ Las quejas no faltaron. La situación se agravó una vez entrada la década del cuarenta, con la coyuntura económicamente adversa que supuso la posguerra para la industria editorial argentina. Las cosas se tornaron difíciles para Losada, y Alonso tuvo que salir a explicar la situación con varios de sus antiguos amigos. Así le escribía a Américo Castro en 1946, con duras críticas al peronismo en ascenso:

³² Carta de A. Alonso a R. Menéndez Pidal, Buenos Aires, 14.1.1939, Archivo de R. Menéndez Pidal, epistolario con A. Alonso, carpeta 3.

³³ La correspondencia de Pedro Salinas con Jorge Guillén abunda en quejas en este sentido (Soria Olmedo (ed.), 1992).

Tengo que prevenirle que hay aquí nuevas dificultades increíbles para imprimir. No sólo la Losada, sino la Sudamericana (y supongo que las demás) estamos seriamente preocupados. Los precios, por las nubes, y la venta difícil. A España mandamos conjuntamente 9 editoras. [...] Como se vendía bien, mandamos mucho y ahora sufrimos una especie de asfixia económica [...] Claro que el gobierno aquí no hace nada de lo que debiera en este asunto, tan fácil de arreglar porque la hermandad ideológica está antes que los intereses económicos argentinos, cuando estos intereses se localizan en libros y no en alpargatas [...] La Losada basa especialmente su negocio en la venta directa (con corredores por los pueblos).³⁴

La edad de oro de Losada coincidió, *grosso modo*, con la del Instituto de Filología; se retroalimentaron mutuamente, de hecho. Sin embargo, el Instituto de Filología entró en crisis irreversible luego del golpe militar de 1943 y del advenimiento del peronismo, que redundó en una oleada de intervenciones a las universidades nacionales, respaldado por el nacionalismo católico de sesgo antirreformista. En ese contexto, la colaboración del instituto con el antifascismo fue juzgada irritante, además del hecho de que el instituto contaba con un número importante de colaboradores judíos, mal vistos por la intervención universitaria. Sufrió en este contexto recorte de fondos que a la larga derivarían en purgas y cesantías que llevarían fuera del país a sus principales investigadores. Las purgas a los intelectuales antifascistas en las universidades, que en gran medida eran directores de colección en Losada, llevaron a que la editorial viera debilitarse su vínculo con la universidad, no así con los intelectuales liberales y reformistas que habían nutrido sus páginas.

³⁴ Carta de Amado Alonso a Américo Castro, Punta del Este, 21 de febrero de 1946, Archivo de Américo Castro, CAC-28-04-0051.